

El mito Novais

Jordi Amat

El 20 de febrero de 1965 el abogado antifranquista Josep Benet defendió al editor y novelista Joan Sales ante el Tribunal de Orden Público. Hacía prácticamente 5 años que Sales había suscrito el conocido como “Manifiesto contra las torturas”, un texto firmado por 420 personalidades para protestar por las torturas infringidas a Jordi Pujol. En su intervención en aquel juicio Benet hizo un resumen de lo sucedido en Barcelona durante los primeros meses de 1960. Lo hizo suponiendo que tal vez los jueces ignoraban lo acaecido. Así se lo dijo. Podían ignorarlo, precisó, porque la prensa española no había contado los hechos. Y también dijo lo siguiente. “Si la prensa española informara de lo que sucede en España con tanta prodigalidad como informa sobre lo que sucede en el extranjero, también podría abstenerme de cansar ahora vuestra atención con el relato que debo hacer. Pero por desgracia no es así. Para conocer muchas de las cosas que suceden en nuestro país, hay que leer la prensa extranjera, por ejemplo, para estar un poco al corriente de los juicios que celebra este mismo Tribunal”. Benet estaba en lo cierto. Algunos pocos corresponsales, al tiempo que informaban a los lectores de sus respectivos países, colaboraron en la proyección del antifranquismo y su musculación.

Pero esta alta consideración cívica de la figura del corresponsal extranjero asociado a la oposición, esta consideración dual por ser informativa y política, tal vez podría haber estado distorsionando nuestra óptica a la hora de considerar su corpus periodístico posterior como un borrador útil para poder escribir un relato más preciso del proceso de Transición. Serían las consecuencias de lo que podríamos denominar como el “Mito Novais”.

Mi hipótesis es que el horizonte de expectativas ante la información que puede proporcionarnos dicho corpus ha estado en buena parte modulada por la figura de Juan Antonio Novais (1925-1993), “la principal referencia crítica de la dictadura en la prensa internacional” para decirlo con vuestras palabras. El Novais de la década de los sesenta. El Novais cuyo scoop paradigmático es la entrevista al Abat Escarré publicada en la primera página de *Le Monde* el 14 de noviembre de 1963. Una figura fascinante, Novais. Otro contrapunto más, en realidad, al Manuel Fraga Ministro de Información y Turismo. “No soy yo quien le puede examinar, señor, sino más bien usted a mí”, le dijo el veterano Vicente Gallego a Novais cuando éste se presentó al examen en la Escuela

de Periodismo de Madrid para obtener el título oficial. “Usted es un maestro del periodismo”, escuchó Juan Luis Cebrián que Gallego le dijo aquel día a Novais.

“Ante una dictadura el periodista está obligado a ser beligerante y a ayudar con su arma –la pluma– al derroque de la misma”, afirmó Novais en su discurso de aceptación del Premio Francisco Cerecedo en 1984. Era el tercer laureado tras los intelectuales Rafael Sánchez Ferlosio y Javier Pradera. Ese sumar fuerzas para derrocar la Dictadura, con el rigor del buen periodismo, conforma lo esencial del Mito Novais. La clave la sintetizó Miguel Ángel Aguilar con esta frase: “Novais daba voz a los que no teníamos voz”. Daba voz a la oposición, por una parte, y así, al mismo tiempo, daba voz al periodismo español realizando una tarea de sustitución más que valiosa. Pero al llegar la Transición, planteado a toro pasado, la función informativa dominante de la prensa escrita en España podría haber resultado ser otro. Lo podría visualizar aquel almuerzo privado en el club Blanco White, una comida convocada por Adolfo Suárez cuando hacía solo una semana que había sido designado presidente del gobierno. Allí, escuchando a Suárez, estaban Aguilar y Cebrián, algún otro periodista político de peso como Oneto y Altares, pero también Novais. El presidente les contó su proyecto de reforma y, tácitamente, les pidió su apoyo –crítico, pero apoyo- para que actuaran como ese “intelectual colectivo” de la Transición que tuvo a *El País* como paradigma: intelectuales orgánicos del proceso de cambio político, dicho con otras palabras, actores estabilizadores de la compleja transformación institucional que estaba asediada desde frentes múltiples.

Precisamente porque los medios españoles dominantes durante aquellos años intuyó que actuaron más bien como agentes de estabilización del proceso de cambio, la prensa extranjera se revela otra vez en un depósito informativo especialmente iluminador para descodificar dicho proceso. Lo es por motivos distintos a los de la época en la que estaba activo el “Mito Novais”. Se trata de un corpus iluminador no porque dé voz a los que no la tenían, como había sucedido en la época anterior. No lo es porque los periodistas, además de ser espectadores, fueran implícitamente también actores de la oposición, como había sucedido con Novais. Releído hoy, al menos para mí, el articulismo del libro *Las sombras de la Transición* resulta iluminador porque, en buena medida, lo percibo como ajeno a la construcción en marcha del “Mito de la Transición”, para decirlo con el ensayo de Ferran Gallego.

Es una valoración personal, insisto. Pero así lo sentí al leer una de las primeras citas del libro. Más bien dos, las dos del mismo día, del 20 de julio de 1974. Son aquellas que hablan del proceso que iba a iniciarse como “restauración monárquica” y, en especial, aquella del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* que describe esa restauración a la vista como “el mayor experimento monárquico del final del siglo XX”. ¿Y si la Transición, desde un punto de vista institucional, hubiese sido exactamente eso aunque nosotros lo hubiésemos olvidado o lo hubiésemos soslayado? En cambio la mirada extranjera, la mirada distanciada sobre el proceso, resulta iluminadora precisamente por serlo y por no ser cómplice de él. La Transición que nos han contado no está focalizada en la figura de Juan Carlos I, pero esa figura sí resultaba central para los corresponsales. Es una diferencia significativa. Porque tal vez la gran pregunta, como escribió el corresponsal de *La Stampa* el día después de la muerte del dictador, era “si el rey prefabricado acepta la metamorfosis democrática”.